

LA PRESENCIA FENICIA EN EL ÁREA ATLÁNTICA ONUBENSE Y SU ENTORNO

Jesús Fernández Jurado

Decía el compositor brasileño Heitor Villa-Lobos que la música no debía articularse en dos sentidos: la culta, vertical y alabada; y la popular, horizontal y subestimada. Para él, la música son las músicas y en ello empeñó su vida como compositor e intérprete, logrando unificar con extraordinaria belleza la música popular de su país con la estructura académica de la clásica, haciendo compatibles los sonidos negros de la costa y la percusión de las tribus amazónicas con los instrumentos de la orquesta sinfónica, acompañándolos de coros con un número no acostumbrado de voces. Esa fue su música, «una cascada» como le gustaba afirmar, una mixtura donde conviven en armonía los distintos sonidos que nacen del punto de encuentro entre la verticalidad de la culta y la horizontalidad de la popular.

Así debería ser también la investigación, una amalgama de especialidades en la que ninguna se encuentre desairada. Porque la investigación no es «descubrir el polvorón» que es como se dice en mi tierra cuando se «descubre» lo ya sabido; ni es un asunto fácil ni baladí el indagar para encontrar la respuesta de lo que nos preguntamos. Pero cada vez más estamos convirtiendo la búsqueda en algo superfluo, en una apariencia que apenas alcanza a mostrar qué es lo investigado y aún menos lo obtenido en el estudio pretendidamente realizado. De continuo leemos textos someramente descriptivos; otros, de vocabulario grandilocuente; a veces, henchidos de supuestos conocimientos; y sólo en contadas ocasiones nos sorprende un escrito que diga algo de interés, por escaso que sea lo dicho.

Es posible que la causa podamos encontrarla en el desenfreno que obliga a la continua, quizás permanente, necesidad de publicar ante la exigencia curricular, sin descartar el «ego» que cada autor tenemos y cultivamos por hacer público aquello que creemos haber creado, aunque en ocasiones sólo sea el resultado de un descubrimiento sobrevenido.

Hoy las librerías están llenas de novelas históricas, de búsqueda de «santos giales», de biografías supuestamente ciertas a las que se califica de «autorizadas», que abarrotan las mesas de novedades de las cada vez menos abundantes librerías de fondo que están ahítas de supuestos libros de historia y de memorias que presentan la vida del personaje biografiado, pero que poco dicen del entorno del supuesto protagonista y cuya vida se nos ofrece como el monólogo que declama un actor solitario sobre las tablas del teatro.

Estas y otras circunstancias, llevan a un estado de cosas en las que los actores literariamente creados para dar forma al argumento de lo que se pretende contar, son percibidos por los lectores como sujetos que en verdad existieron, cuando lo cierto es que son personajes ficticios añadidos a los hechos y las vidas narradas.

Del mismo modo se nos describen territorios, paisajes, ciudades o medios de transporte con un decepcionante resultado que es consecuencia del desconocimiento de quien escribe el relato y que en más ocasiones de las deseadas, al menos así lo percibo, se sustenta en la peregrina justificación del autor que buscando la «complicidad del lector» afirma que ha descargado su texto de aquellos elementos que puedan enturbiar el relato y confundir (?) al lector, lo que no deja de ser un insulto hacia quien se ha propuesto leer el texto que se le ofrece y dando a entender que sólo quienes escribimos somos capaces de captar y aprehender, hasta conocer, lo que leemos.

Estas circunstancias, hechos y realidades no son, sin embargo, exclusivas de los autores de ficción, sino que también nos atañen a quienes investigamos la Historia y luego nos atrevemos a plasmar los resultados obtenidos en un escrito que en más ocasiones de las deseadas también parece una obra de ficción, siendo posible que ello sea consecuencia de la falta de habilidad a la hora de mostrar nuestras ideas, lo que nos obliga a un doble ejercicio.

Escribimos describiendo el trabajo científico con un vocabulario y una estructura semántica con la que, seamos honestos y reconozcámoslo, pretendemos adobar nuestro supuesto saber y conocimiento sobre lo investigado, lo que da lugar a que al lector, sea nuestro colega de profesión o nosotros mismos al leer lo escrito por ellos, se le caiga el texto de las manos; volvemos entonces al índice, que antes sólo hemos mirado, buscando un capítulo que pueda atraernos, para terminar recurriendo a la introducción, donde releemos las hipótesis de partida y el relato de los avatares padecidos para llevar a cabo la investigación deseada que «... por desgracia, no ha podido contar con todos los medios humanos y económicos que hubiésemos deseado.»

Leído este más que habitual párrafo, que no deja de ser un canto a la escasez de los posibles resultados obtenidos tras el desarrollo del «planteamiento teórico» de partida, nos refugiamos, como lectores, en las conclusiones que apenas concluyen en una tesis, sino que plantean «... la necesidad de proseguir estas investigaciones que tanto tienen aún que decir y que son imprescindibles para entender ...» y aquí ponemos, según la especialidad y el interés que nos impulse, la historia de nuestro pueblo, las causas del cáncer, el descalabro económico de una época o cualquier otra entelequia que nos permita salir en los periódicos, lo que a su vez facilitará el que las «administraciones» nos provean de algo de dinero, que será mayor en su cuantía si somos «investigadores emergentes» o poseemos «una dilatada trayectoria que garantiza la consecución de los mejores resultados.»

Encontramos así otra de las raíces del problema que nos preocupa a quienes estamos dedicados a la investigación histórica y no a la ficción de la Historia. Lo cierto es que de forma inconsciente y en no pocas ocasiones con supuesta certeza intencionada, insistimos y reafirmamos que es necesario, imprescindible, continuar la investigación ¿es que alguien con sentido común cree que cualquier investigación llega alguna vez a su fin?

Y qué decir respecto de la «consecución de los mejores resultados». Para quien haya financiado la investigación, serán aquéllos que permitan estar de nuevo en primera página de los medios de comunicación, en los que también se hará presente el investigador, sea éste de dilatada trayectoria o emergente como hoy se dice, siempre y cuando no sea reacio al discurso del benefactor, por lo general del ámbito de las administraciones públicas y por desgracia poco adicto a la investigación básica, la que necesita del callado trabajo a través de un largo camino, a veces demasiado largo, que dura años. Pero no parece que ese caminar, que para el mecenas se hace tardanza, y el silencio que se convertirá en voz estruendosa por lo hallado, sea compatible con este mundo preñado de *curriculitis* y titulares en primera página que de inmediato se convierten en imagen televisiva en la que nunca hay tiempo suficiente ni horario de emisión que no sea el del amanecer del día.

Queda así en el lector, el oyente o el televidente, una escasa y adornada noticia que sólo sirve, en esta sociedad de escasa formación científica, para que cada vez sean más los que acuden a bibliotecas y centros de estudios solicitando «un libro donde esté recogido todo lo que se sabe sobre...» y aquí añaden, ahora ellos, la historia de su pueblo, las causas del cáncer o el descalabro económico de una época.

Una actitud que se está extendiendo al mundo científico, siendo cada vez más generalizada la búsqueda del *vademécum* que proporcione todo lo que necesitamos para construir nuestro discurso, dejando así al margen el propio progreso intelectual en la búsqueda o en la ampliación del conocimiento que pretendemos, siendo cada vez más común la ausencia de consulta a investigaciones que tengan algo más, siendo generoso, de un par de décadas, por no incidir en la falta de referencias a obras de diferente signo y contenido que si son escasas en lo que concierne a la arqueología, aún es más llamativa la casi inexistente presencia de aquellas que se consideran alejadas de la investigación histórica por ser literarias, recuerdos de eruditos, documentos administrativos, correspondencias, descripciones de territorios, libros de viajes y tantas y diversas formas de contar cómo fue un lugar, qué relaciones se producían entre los pobladores de sitios distintos, fuesen cercanos o distantes; pero, sobre todo, se aprecia la falta de análisis de esos textos esporádicamente usados, aunque más correcto sería decir que simplemente citados.

Ese, el estudio y la puesta en cuestión de esos textos, debe ser el fundamento que inicie la investigación que pretendamos desarrollar, pues quienes escribieron las páginas que ahora leemos no fueron inocentes al hacerlo, como tampoco lo somos quienes ahora relatamos lo que hemos hecho o describimos lo que encontramos con la esperanza de articular un discurso que sea al menos coherente.

Todo ello nos lleva, quizás de manera inconsciente y que presumo no intencionada, al desconocimiento que supone intentar reconstruir el pasado en función de realidades y parámetros actuales que, a lo sumo, sólo los ale-

jamos de nosotros en relación, aunque sin nombrarlo, con el uso de la energía eléctrica, por citar uno de los elementos que solemos utilizar en el intento por separarnos del presente desde el que deseamos conocer y entender el pasado.

Una cuestión difícil de solventar, pero a la que necesariamente hemos de prestar la imprescindible e ineludible atención que pueda ayudarnos en el propósito que pretendemos, porque sin abstraernos de nuestra realidad difícil será que podamos entender el movimiento de la gente, de los pueblos, de los habitantes de un lugar hacia otro distinto, en eso que hoy citamos a diario como movimientos migratorios en el lenguaje cotidiano, coloquial, periodístico y que hasta no hace mucho tiempo era una expresión casi exclusiva en los ámbitos académicos; sin embargo y como una paradoja en el hoy en que son continuas las referencias a procesos de inmigración y emigración, la mayoría de ellos efectuados en condiciones lamentables, nos olvidamos de que esas mismas situaciones son las que han dado lugar a la propia Historia, que al fin y al cabo es el espejo donde se nos muestra el continuo movimiento del Hombre desde el inicio de su existencia.

La emigración que finaliza en inmigración es la necesidad ¿podemos decir endémica? que los humanos estamos obligados a emprender como consecuencia de los agentes atmosféricos, los desastres naturales, la búsqueda de recursos de todo tipo que garanticen la subsistencia, a la que se une el largo etcétera de circunstancias, necesidades y, como no, deseos de poder, de acaparamiento de bienes y de sojuzgamiento de otros hombres.

Si olvidamos lo expresado y todo aquello que puede y debe hacernos reflexionar en nuestro proceso investigador, difícil será que podamos entender, quizás ni siquiera atisbar, aquello que nos interesa conocer.

Cuentan que cuando el científico Cassini conformó el mapa de Francia mediante los procedimientos que con anterioridad había desarrollado Picard, el rey Luis XIV se lamentó al ver la diferencia entre la carta que le mostraban y la hasta entonces usada, lo que le llevó a decir, no sin cierta ironía, que sus astrónomos le habían hecho perder más territorios que los conquistados con sus ejércitos.

Sirva la anécdota para entender que el progreso científico tiene, a veces, consecuencias imprevistas que influyen de manera notable en el devenir diario; y los mapas, en su continua mejora técnica respecto de la representación de la Tierra, no son ajenos a esta realidad y aún menos son inocentes en lo que concierne a intereses políticos, económicos o de investigación, como se manifiesta en el hecho que a continuación se cuenta.

En la vorágine política que hemos vivido durante el año 2006 respecto de la modificación de los Estatutos de Autonomía, el Secretario General del Partido Andalucista presentó al Presidente de Andalucía el «Mapa de Tartessos»; y ha acertado, lector, porque el mapa de referencia viene prácticamente a coincidir con el actual de Andalucía. Curiosa similitud que sigue usando el río Guadiana como frontera para un tiempo tan lejano como el tartesio, olvidando las similitudes que a ambos lados del río Anas se documentan en la época aludida. No sabemos en qué argumentos históricos se fundamenta para la delimitación geográfica hecha, pero sí que responde a la premeditada intención de un partido político que se considera nacionalista.

Mapas, sean de Tartessos o de cualquier otro territorio y época, que a lo largo de la Historia han estado al servicio de los intereses de quienes los dibujaban, dando a cada uno de ellos la intencionalidad expresada por quien lo encargó. Mapas físicos y políticos, de suelos y usos agrícolas o industriales, de carreteras, de pueblos y cuencas hidrográficas, de rutas turísticas, de cordilleras y valles, con curvas de nivel o tridimensionales; en definitiva, tantas estampas como ideas que se nos ocurran para indicar al observador todo aquello que consideramos debía conocer, aunque no ciertamente se corresponda con la realidad representada. Pero a la abundancia de imágenes y textos que los mapas nos ofrecen con una finalidad explícita, se opone el sonoro silencio del observador, incapaz de traducir el simulacro que se le ofrece.

Ante esta realidad no parece lógico que sigamos viendo el pasado a través de la geografía de hoy, pues ni los ríos fueron los que hoy son, si aún pueden así llamarse, ni las costas, los montes o los caminos son iguales, sin olvidar que los recursos naturales no son los mismos y tampoco, aunque algunos todavía pudieran explotarse, ofrecen hoy el interés que pudieran haber tenido hace siglos y en no pocos casos, apenas unos decenios. Del mismo modo, el suelo agrícola no es hoy el del tiempo antiguo que estudiamos, como no lo es la explotación de las minas, la cabaña ganadera o los productos del mar, sin olvidar que la flora y la fauna de ese ayer cada vez más lejano no fueron como los de nuestro presente.

Llegados a este punto, parece lógico que desandemos algo del camino para que partiendo de su origen intentemos comprender la evolución física e histórica del territorio actual, en el que la costa es elemento fundamental para el posterior entendimiento del interior y que debemos examinar con ojos de hace miles de años; sólo con esa mirada podremos entender y dar coherencia a la multitud de yacimientos del ámbito geográfico que nos ocupa.

Es habitual que distingamos los yacimientos arqueológicos en función del lugar que ocupan en un territorio, encontrándonos así con asentamientos que consideramos del interior y aquellos otros que calificamos como

poblaciones costeras. En ambos casos lo hacemos desde la percepción de la geografía actual en la que vivimos y olvidamos la evolución, natural y artificial, del paisaje que ha terminado siendo lo que hoy vemos. Una transformación que en el caso que nos ocupa, la costa atlántica del suroeste de la Península Ibérica, es el desarrollo físico e histórico, con lo que éste implica de intervención humana, de lo que hoy son arenas y marismas y antes fueron amplias ensenadas. Si no lo entendemos así, será imposible dar coherencia a los numerosos poblados que se extienden por el entorno más inmediato de todas y cada una de ellas.

Hoy nos asombra la amplitud de Doñana y nos resulta difícil imaginarla como una extensa lámina de agua oceánica cuyas amplias mareas bañaban la entonces línea de costa, hoy transmutada en reborde marismeño en el que encontramos yacimientos como San Bartolomé de Almonte o los numerosos poblados del ámbito de Jerez de la Frontera, junto con la encaramada Lebrija, la Coria fluvial que hoy es continuación de La Puebla del Río o el nombradísimo Cerro de El Carambolo y el cercano de la Cabeza, ambos en la elevación aljarafeña que da frente a Sevilla.

No son los citados los únicos existentes, sino sólo algunos de los investigados que hoy se localizan en las márgenes del Guadalquivir, que entonces desembocaba en el estuario al que también desagaba el Guadiamar, que aún no era afluente de aquél y facilitaba el acceso a la faja pirítica del suroeste peninsular, lo que dio lugar a que hoy conozcamos yacimientos arqueológicos como Tejada la Vieja y Peñalosa, ambos en el término municipal de Escacena del Campo (Huelva), así como las propias minas de Aznalcóllar (Sevilla). Yacimientos que hoy suelen ser generalmente considerados de interior por su actual lejanía de la costa, pero que en aquel tiempo de relaciones tartesio-mediterráneas apenas estaban a una jornada de la orilla del mar que hoy es la marisma de Doñana, una antigua embocadura en la que desembocaba el Betis en las cercanías de Sevilla, como en la inmensa bahía gaditana que el navegante había dejado atrás lo hacía el río Guadalete junto a la elevación hoy conocida como la Torre de Doña Blanca, cercana al Puerto de Santa María y al pie de la sierra de San Cristóbal que la separa de los campos jerezanos.

Pero si a levante de la marítima Doñana encontraba el marino la amplitud atlántica donde se localizaban las Gadeiras, hacia el occidente alcanzaba la extensa ensenada de Huelva, cuya amplia boca rompía la llana y larga playa cobijada por las inmensas dunas donde los ánsares purgan su estómago, antes de que la proteja el rojizo-amarillento acantilado de arcilla arañada por infinitas lluvias. Hacia esa embocadura de vasta extensión, en la que vertían sus aguas y siguen haciéndolo los ríos Tinto y Odiel, se adelanta como un estilete el estrecho istmo de la península cuyo rotundo extremo sirve de asiento a Huelva, la población que lo ocupa desde hace tres mil años.

Bahía de Cádiz y estuario del Tinto-Odiel que se acomodan a oriente y occidente de Doñana, forman parte de esta antigua realidad de esteros, bahías y hoy amplias desembocaduras fluviales que de forma constante se repiten en la costa atlántica del suroeste de la Península Ibérica desde la bahía gaditana hasta el portugués cabo de san Vicente. Ahí, en esa costa del sur peninsular se suceden desde Huelva y hacia el poniente, las desembocaduras que se acompañan de arenosas flechas litorales que avanzan inexorablemente en su extensión hacia el levante en una lucha constante por impedir que el río alcance el Atlántico. Un enfrentamiento que va colmatando cauces fluviales para convertir en marismas el último tramo de ríos como el Piedras y el Carrera, con el Guadiana que separa España de Portugal y cuya desembocadura comenzaba a quedar tan distante de Castro Marim que en el último cuarto del ya lejano siglo XVIII y para sustituir el antiguo y pequeño poblado de pescadores de Santo António da Arenilha, siempre expuesto al oleaje atlántico, fundó el Marqués de Pombal la Vila Real de Santo António, que a su vez hoy va quedando lejos del encuentro entre río y océano.

Esta realidad costera de enfrentamiento entre ríos y flechas litorales que al romperse conforman islas arenosas, continúa en la costa portuguesa con clara evidencia en poblaciones como Tavira, Olhão, Faro, frente al Cabo de Santa María que divide en dos la costa algarvía, hasta alcanzar el cabo de san Vicente.

Esta evidencia que nos muestra las flechas litorales como una segunda costa que oculta bajos arenosos donde es fácil que encallen los barcos y que alejan la orilla que debieron conocer los navegantes mediterráneos que hasta ella acudieron hace miles de años, no debe hacernos olvidar la geografía de entonces si pretendemos entender la de hoy, pues a veces no le prestamos la suficiente atención y hablamos con ligereza de los extensos golfos en que vienen vertiendo los ríos que a lo largo de los siglos han ayudado a su colmatación. Quizás sea esta la razón por la que son pocos los que valoran que en la Antigüedad un barco no necesitaba recalar en Huelva para llegar a Niebla. Huelva está muy al fondo de la bahía que hoy es Ría del Odiel y a mucha distancia del mar abierto por el que llegaban los navegantes. Hoy, aquellos «mares» mucho más diversos e individualizados que la actual costa en que se han convertido nos confunden y dificultan el conocimiento de este complejo territorio que ha devenido en el paisaje que vemos.

Por todo ello, la visión que hoy tenemos de la costa suroccidental de la Península Ibérica no puede hacernos olvidar que en aquel tiempo en que aún era más agua que tierra, fue la primera imagen que más allá del occi-

dente mediterráneo veían quienes zarpaban del Oriente Próximo; y desde entonces, hace al menos tres milenios, este extremo de Europa que se introduce en el Atlántico viene estando inmerso en el Mediterráneo y no sólo en lo geográfico, lo económico o lo histórico, sino también en lo cultural y lo mitológico.

Era entonces este occidente que es el oriente atlántico, el fin del mundo conocido, el lugar donde se unían las bondades soñadas con los peores presagios para quienes intentaban adentrarse en él navegando contra el viento de Poniente y enfrentarse al estrecho de Gibraltar, al «océano refluente», suplicantes como Penélope que rogaba ante la ausencia de Ulises que

¡Ojalá después, arrebatándome una ráfaga, marchara empujándome por los caminos neblinosos y me arrojara en la desembocadura del Océano refluente! (Odisea XX, 63)

Y nosotros, como Penélope, también deseamos a veces que una ráfaga nos empuje hacia el conocimiento que aún no poseemos. Esa es la tarea permanente que nos obliga a la continua puesta en cuestión de lo que ya considerábamos cierto. Pero para alcanzar el conocimiento deseado hemos de ser conscientes de la precariedad de los datos que obtenemos en la excavación arqueológica, porque el yacimiento no responde con su contenido al planteamiento teórico del proyecto, ni a la hipótesis que usamos como medio y recurso de la investigación a desarrollar y sin que olvidemos, además, lo parcial y hasta cierto punto subjetiva que es la recogida de los datos, junto con el reducido porcentaje que lo recuperado en la actividad arqueológica supone respecto de la realidad que puede encerrar un yacimiento; y todo ello sin menoscabo de lo aleatorio de los hallazgos en el mismo y hasta de lo que concierne a su propia localización e identificación.

Ante este cúmulo de hechos, avatares y condicionantes en el desarrollo de una investigación y que no se agotan en los expresados, debemos enfrentarnos también a la realidad de la propia indagación de carácter histórico que nos permita conocer, o quizás sólo intuir, cómo fue el pasado.

Lo cierto es que aquello que somos capaces de hallar e identificamos como perteneciente a la cultura de quienes habitaban en el sudoeste peninsular antes de la llegada de los fenicios, es apenas un espejo que va perdiendo el azogue y en él se refleja difusa una sociedad que poseía una cultura material bien definida y de la que presumimos había alcanzado un cierto nivel de desarrollo social. Sus elementos constitutivos podemos rastrearlos, quizás no tan bien como nos gustaría, desde los últimos siglos del segundo milenio antes de nuestra Era, siendo precisamente la llegada de los navegantes del Mediterráneo oriental la que dio lugar a la paulatina desaparición de los elementos característicos de la cultura autóctona que, al tiempo, fue permutando sus señas de identidad por las nuevas formas socioeconómicas, culturales y de ocupación del territorio traídas desde más allá del estrecho de Gibraltar.

Nace así una nueva realidad sociocultural que con el transcurso del tiempo irá arrinconando el pasado del que proviene, aunque sin olvidarlo, para convertirse en un mundo más mediterráneo que atlántico. Pero todo este proceso necesita de ese tiempo por el que transita y que no sólo afecta al ámbito onubense, sino a todo el saco oceánico que conforman las costas del suroeste de la península Ibérica y la noroccidental del continente africano.

En ese ámbito marino donde dominan los vientos de poniente y circulan corrientes en el sentido de las agujas del reloj es donde se fue dilucidando, en aquel lejano tiempo, la transformación de las poblaciones del más extremo suroeste europeo y del occidental septentrión de África que alcanza hasta el meridiano de la actual Casablanca; costas africanas que a partir del siglo xv fueron frecuentadas por los marinos portugueses que iniciaban así la que se convertiría en la ruta de navegación hacia el oriente índico, como muchos siglos antes lo habían hecho en sentido contrario aquellos otros navegantes a los que Neco mandó circunnavegar la costa oriental de África bajando hasta el sur para virar hacia occidente en el sur de las tormentas y subir hacia el norte hasta alcanzar el lugar que daba paso al Mediterráneo, el mar por cuyo sur solían navegar en aquel lejano entonces que nos ocupa, mientras oteaban las costas del norte de ese mar y que no eran otras que las del sur de Europa.

Pero todo aquello de lo que venimos haciendo referencia necesita tiempo, más del que a veces ponderamos o ni tan siquiera nos paramos a calibrar con justeza por estar acostumbrados al uso de cifras centenarias. Hablamos de siglos con cierta ligereza y en nuestra voz suenan las cifras de los siglos: el quince, el veinte, el octavo, que serán también los números que luego escribamos sin apenas pararnos a pensar que con la exigua esperanza de vida de aquel tiempo, en torno a la treintena de años, si no menos, suponen una generación; y surge así la pregunta: ¿cuántas generaciones hicieron falta para que sociedades autóctonas enraizadas en lo que llamamos Bronce Final, se transmutaran en poblaciones orientalizadas?

Difícil la respuesta, a la que ha de sumarse un conjunto de dudas, desconocimiento y elucubraciones, porque del Bronce Final conocemos eso, su final, pero apenas nada sabemos de su origen, de dónde partió y cómo

evolució hasta llegar a ser lo que encontraron las gentes mediterráneas al llegar a las costas atlánticas; y nuevas preguntas nacen: ¿a qué costas? ¿a las hoy algarvianas-andaluzas o a las marroquíes? Preguntas que nos llevan de nuevo al silencio de los mapas, que a su vez y contradictoriamente nos encaminan por los lugares conocidos, los que políticamente nos conciernen hoy a través del trasunto escrito de la Historia en la sociedad en la que hemos nacido y vivimos.

Aún hoy Portugal, con la que compartimos la misma península, es para los españoles algo desconocido, distinto y sobre todo distante, a pesar de la inexistencia de accidentes geográficos que impidan o dificulten las relaciones, pero la política y la cultura son más poderosas que el territorio, por eso un río, el Guadiana, sigue aún separando más que uniendo. Esta realidad que hunde sus raíces en un pasado de enfrentamientos de enorme virulencia, de conquistas y reconquistas, sigue dificultando el conocimiento, en lo que nos concierne, de lo que ocurrió en ambas márgenes del río y que por lo que vamos viendo no fue tan distinto y aún menos tan distante como lo sigue siendo la realidad actual, a pesar de los puentes que nos permiten pasar al otro lado sin mojarnos los pies.

Pero del territorio africano no podemos decir lo mismo, pues la realidad investigadora es más grave aún que la luso-hispana, porque si del ámbito peninsular tenemos conocimientos del Bronce Final, la información de lo existente a la llegada de los marineros del oriente mediterráneo es tan escasa que apenas nos informa de nada, siendo en este caso la presencia foránea la que se nos aparece como si hubiese llegado a un territorio tan escasamente poblado que más parece inhabitado. No es fácil aceptar que esta escasez de datos con la que hemos de bregar para conocer ese mundo africano sea el reflejo de un paisaje desértico que lo pudiera justificar, pues las condiciones físicas de ese lugar y los recursos naturales que posee, sean terrestres o marítimos, no ofrecen diferencias apreciables respecto de las que proporciona la costa suroccidental de la península Ibérica.

En definitiva, en el norte del saco atlántico en que nos movemos encontramos el final de una sociedad que fue transformada por los navegantes que arribaron a sus costas y que en las del sur de ese mismo espacio marítimo, sin embargo, parece como si antes de su llegada no hubiese nada.

Difícil aceptar esta dicotomía que plantea, a su vez, otra disyuntiva: a dónde llegaron primero quienes navegaban desde el Oriente Próximo. Una duda que puede parecer que planteamos desde el punto de vista y el ánimo del erudito local al uso, que fundamenta el argumento de su discurso en la antigüedad de su pueblo, aunque éste y aquélla sean perfectos desconocidos fuera del localismo de su entorno más cercano. Pero en lo que nos concierne sí es trascendente saberlo, por lo que ello implica respecto de los modos y las rutas de la navegación que se usaron para cruzar entre Calpe y Abila con el deseo de ir «hasta el infinito y más allá» que dijo Buzz Light Year.

Un ir «más allá» que ha sido a lo largo de la Historia el deseo de todos los navegantes, siempre dispuestos a realizar una nueva singladura que les permita alcanzar la costa a la que aún no han podido arribar. Y lo hacían, como siguen haciéndolo hoy aunque ya no haya litoral por descubrir, bajo el imperativo que no por pasar desapercibido deja de ser inevitable: quien zarpa de una orilla lo hace por llegar a otra.

Una perogrullada dirá quien estas líneas lea; sin duda, pero al mismo tiempo una certeza que solemos olvidar a pesar de su enorme trascendencia, porque el barco no es sólo el vehículo que transporta marineros y carga, sino que a unos y a otra les acompaña una cultura, quizás varias, que no es más que la de quienes embarcaron en la nave que los lleva.

Ese tránsito continuo entre orillas, fondeaderos y puertos de cualquier mar, uno detrás de otro, y después al siguiente hasta volver tras diversas escalas al punto en que se marcó el primer rumbo, es el que facilita la difusión de las culturas de los pueblos, pues quien se aventura no lo hace huérfano de usos, costumbres, creencias, deseos o anhelos, sino que todo ello le acompaña durante la travesía que le hará volver enriquecido por el conocimiento de lo visto y vivido en cada recalada; porque cualquier fondeo genera un conjunto de nuevas realidades que sólo llegan a conocimiento del resto de las gentes que conforman cada sociedad a través de la palabra que, más tarde, quizás generaciones después, se convertirá en una escritura que recuerda, aunque hable de ello en presente, que aquello que relata fue cierto; porque todo está presente en los barcos, en su entorno, y en la relación que establecen quienes navegan con las gentes y los lugares donde recalán.

Son los navegantes quienes facilitan el contacto y en su caso el entendimiento entre pueblos distantes con culturas distintas, los que transfieren ideas de un lugar a otro, los que impulsan y transportan el movimiento que hace cambiar al mundo, aunque no siempre dejen una huella material de su presencia y nosotros sólo seamos capaces de adivinar el hilo que une el lugar de donde zarparon con el del fondeo. Un hilo con el que se teje la urdimbre de relaciones e intereses que dará lugar a una historia común con trasfondo económico que traduce la vida en tierra, no en la mar, de aquellos que habitan los lugares de origen y de destino al que se llega tras no pocas dificultades, pues la travesía siempre está sometida a circunstancias y avatares ajenos al deseo del marino que marca un rumbo y se enfrenta al cambiante color de las aguas esculpidas por los vientos.

Es en ese buscar donde se encuentra la complejidad de las relaciones humanas, la síntesis de los procesos culturales, el sincretismo de las ideas, que tiene su mejor expresión en las religiones.

Sea como fuere, o cuando fuese, lo cierto es que entre la inicial llegada de los navegantes mediterráneos y la primera huella tangible que dejaron, y que hallamos podido encontrar, debió pasar un tiempo considerable. Un proceso que también hubo de servirles de formación, de adaptación de las naves y de ellos mismos a la navegación en el Atlántico, así como del conocimiento y uso de los vientos para ser capaces de hacer rumbo en contra de él.

Y a ese periodo de aprendizaje náutico ha de sumársele otro tiempo, más o menos amplio, hasta que quienes arriban comienzan a asentarse en el territorio, a conocerlo y a saber de sus recursos, de su posible riqueza, así como a entablar primero e incrementar después, relaciones de todo tipo con la población indígena.

Un tiempo largo que, a su vez, se nos antoja lento, quizás más pausado de lo que hoy sepamos o podamos calibrar, porque es una época sin elementos tangibles y por tanto irreconocibles, que no podemos aún medir en términos absolutos ni en relación con la cronología aceptada para los primeros hallazgos. Lo cierto es que todavía no sabemos con certeza, aunque nos empeñemos en negar esta realidad, cuándo desembarcaron los primeros fenicios, pues de ellos sólo tenemos la constatación de su estancia y posterior permanencia; y aún así, seguimos discutiendo, necesariamente, la cronología de la misma.

Un debate ineludible y del máximo interés, porque su resolución nos permitirá ir ajustando mejor, y no aventurando, cuándo se produjo la llegada. En cualquier caso, no parece que exista problema alguno a la hora de aceptar que en un momento determinado los fenicios fondearon sus barcos y saltaron a la orilla, con independencia de la cronología que en principio y como base del estudio queramos atribuirle a este hecho.

Pero la duda del cuándo y la certeza de la presencia no deben permitirnos ocultar otra dificultad no menos relevante: cómo identificar a los fenicios. En general lo hacemos apoyándonos en el hallazgo de elementos tangibles, materiales, que somos capaces de identificar como de dicha filiación y que en la mayoría de las ocasiones son objetos cerámicos, sin perjuicio de las edificaciones levantadas con piedras. Sea de un tipo u otro, mueble o inmueble, esta presencia nos lleva a usarla como elemento definitorio del inicio de la que viene en denominarse colonización fenicia; término, el de colonización, del que no soy muy partidario, dadas las múltiples y variadas connotaciones que en el mismo subyacen y que considero son difíciles de aplicar al tiempo y las culturas, orientales y autóctonas, que nos ocupan.

Sin embargo, lo expuesto en el párrafo precedente plantea interrogantes tales como qué ha sucedido con anterioridad a la existencia de estos objetos que hallamos, pues a nadie creo que se le escape que la llegada de navegantes a un territorio desconocido para ellos no supone el que dejen de inmediato una huella tangible, además de que ésta, cuando existe, siempre suele hacerse visible con posterioridad a los primeros contactos con las poblaciones autóctonas.

Y dentro del juego de las presencias y de las ausencias, que tanto unas como otras son útiles y necesarias a la hora de analizar la Historia, sin duda son los elementos muebles los que en un primer momento nos indican la presencia de una cultura ajena a la autóctona y que pueden ser simplemente, aunque no por su sencillez sino por la escasa valoración que a veces hacemos de ellos, los restos de producción metalúrgica que empiezan a documentarse en lugares donde con anterioridad no se habían hecho presentes.

En otras ocasiones, esa evidencia es un objeto manufacturado que nos indica que algo está cambiando, aunque no necesariamente ha de ser de especial riqueza ni de singular belleza, sino que apenas suele concretarse en un fragmento cerámico que aparece como singular y exótico en el conjunto de los objetos exhumados.

Todas estas consideraciones no pretenden ser una mera especulación, sino que intentan ser el argumento a partir del cual podamos empezar a entender y conocer con mayor exactitud la presencia fenicia en lugares como Lixus o Mogador, en la costa occidental africana, o en los cada vez más abundantes hallazgos que están acaeciendo en Portugal. Todos ellos, tanto los africanos como los portugueses, se enmarcan en sus inicios en un ámbito cronológico similar cuyos límites extremos no se encuentran en exceso alejados respecto de los yacimientos que, hoy por hoy, pasan por ser los primeros que evidencian con garantías la llegada fenicia, tales como las factorías malagueñas, la Torre de Doña Blanca en la Bahía de Cádiz, Huelva, Peñalosa o Tejada la Vieja, estos dos últimos en Escacena del Campo (Huelva).

Llegados a este punto, parece oportuno que hagamos mención del debatido asunto de la precolonización, es decir, el de la ausencia de elementos materiales que atestigüen la presencia aunque ésta se esté produciendo, aunque hemos de reseñar que tampoco somos aficionados al uso del término que se utiliza, quizás porque tampoco nos agrada el de colonización como hemos apuntado con anterioridad.

Respecto de la presencia fenicia sin que se documente huella material de dicha filiación, opinamos que la aparición de actividades metalúrgicas encaminadas a la obtención de plata por copelación es una realidad signifi-

cativa y su hallazgo en poblados donde con anterioridad no existía, hacen presumir que esta técnica, ya conocida en el ámbito mediterráneo, debió ser introducida por los fenicios en el mundo tartésico. Y así lo creemos por el hecho de la aparición de plomo en el yacimiento de Peñalosa (Escacena del Campo) con la misma composición del hallado en una habitación de la Torre de D.^a Blanca, un yacimiento fenicio fundado al pie de la sierra de San Cristóbal, que aún hoy es una magnífica cantera, de la que se extrajeron los materiales necesarios para su construcción; como los mampuestos de pizarra para el muro del cabezo de San Pedro en Huelva debieron traerse desde al menos 20 km río Odiel arriba, en las cercanías de la actual población de Gibraleón, mientras que los bloques de arenisca en los que se tallaron los sillares que le sirven de tirante central hubieron de obtenerse en las proximidades de Niebla, a 30 km de la actual desembocadura del río Tinto junto a Huelva.

Dos ríos que abrazan a la ciudad que viendo iluminarse al mar cada amanecer, se recrea en el diario ocaso que lentamente va ocultando a Aljaraque, en la orilla de poniente del Odiel, a la que también llegaron los barcos fenicios.

Amplio marco territorial el que debieron conocer los fenicios para poder construir el muro de San Pedro, que lo edificaron, y ello no debe olvidarse, en un nivel de Bronce Final que no contenía ningún otro elemento fenicio. Ante esta realidad, cómo no pensar en una presencia previa de los fenicios que no ha dejado huella material alguna.

Lo cierto es que los arqueólogos parece que nos «conformamos» con el conocimiento de la tumba o del edificio que fue templo, pero olvidamos que ambos son el resultado de una necesidad o de una creencia. Pero de ellas nada sabemos y el peligro que nos acecha, ante la dificultad del análisis, es que nos aposentemos en la epidermis del conocimiento y seamos incapaces de profundizar en el mismo: la tumba o el templo son la consecuencia, nunca la causa.

Y si amplio debió ser el ámbito territorial conocido para obtener la piedra necesaria para sustituir las cabañas por las nuevas construcciones, no menor debió ser el conocimiento obtenido respecto de las materias primas, en este caso minerales, que el suroeste de la Península Ibérica ofrecía al comercio fenicio.

Un conocimiento, el del territorio y el de las materias primas, que no pueden adquirirse de inmediato, sino que requieren del establecimiento previo de contactos con los autóctonos, seguido de la pertinente indagación sobre la posible existencia de lo buscado y también la viabilidad de su rendimiento, para culminar en la constitución de las definitivas relaciones comerciales entre indígenas y foráneos.

Por eso debieron proseguir hacia el occidente, lo que hoy nos permite ir tachonando la costa con yacimientos no sólo intuitos como podríamos pensar a la vista de las desembocaduras de los ríos Piedra y Carreras, sino suficientemente conocidos como el ya aludido Castro Marim en la margen derecha de la antigua desembocadura del Guadiana, o Tavira con su muralla de época fenicia y su santuario dedicado al dios Baal, protector de los navegantes, en la del río Gilão; y el Cerro da Rocha Branca, al que se accede a través del río Arade, para al fin llegar al Cabo de San Vicente y seguir la ruta de Sur a Norte hasta encontrar los amplios estuarios del Sado, el Tajo y el Mondego, con numerosas evidencias de la presencia fenicia en Lisboa, Almada, Alcaçova de Santarem o Santa Olaia con un muro de características similares al de San Pedro en Huelva y la abundante presencia de cal, huesos y plomo, todos estos elementos necesarios para la copelación, aunque aún no se haya podido comprobar fehacientemente que se llevara a cabo producción metalúrgica alguna. Una presencia fenicia en tierras portuguesas que no se queda recluida en sus costas, sino que a partir de ellas se extiende hacia el interior a través de los cauces en cuyas desembocaduras se asentaron en principio los marinos del Oriente Próximo.

Sado, Tajo y Mondego, junto a muchos otros ríos que no por ser menores debamos dejar de sumar a la larga lista formada por Guadalete, Guadalquivir, Tinto y Odiel, Piedras, Carrera, Guadiana, Gilão o Arade, pues todos ellos facilitaron el acceso hacia el interior andaluz, alentejano, extremeño y con el tiempo, y en el tiempo, fueron dejando una cada vez más evidente huella oriental en la llamada desde época medieval, y parece que no antes, Ruta de la Plata española y más allá de ella, hasta alcanzar tierras castellano-leonesas.

Un recorrido similar podríamos hacer tras pasar Gibraltar y con rumbo sur-suroeste navegar junto a la costa africana, donde los citados Lixus y Mogador son los referentes actuales de la investigación que, poco a poco, se van viendo acompañados de nuevas evidencias a lo largo del litoral atlántico de Marruecos.

Todos estos yacimientos, peninsulares y africanos, ofrecen una coherencia cultural por la similar presencia de objetos, lo que permite hoy una saludable y por fortuna cada vez más atemperada discrepancia entre los arqueólogos, respecto de las fechas iniciales en que se produjo la presencia fenicia en cada uno de ellos.

Pero no es mi intención convertir estas páginas en el lugar de debate de las variadas cronologías que los investigadores manejamos, sino plantear el hecho de que no parece posible que en un corto espacio de tiempo, como el que se deduce de los distintos yacimientos, se aprecie una presencia tan abundante y coetánea de navegan-

tes mediterráneos en numerosos lugares, lo que ha de hacernos considerar que debió ser más amplia en su expansión la presencia fenicia en el Atlántico y, sobre todo, aún más antigua en sus inicios de lo que en este momento parece que estamos dispuestos a aceptar, quizás asentados en un prurito de prudencia que en la investigación no siempre es oportuno y ni tan siquiera deseable.

Pero si todo ello es complejo y lento el proceso hasta que culmina en la mutua rentabilidad económica de la explotación de las materias primas y se asienta en la relación comercial, aún más compleja se hace la identificación de lo fenicio, porque si difícil es hacerla, y no siempre se admite, cuando no hay elementos materiales y su presencia sólo es deducible a través de datos indirectos inmersos en ambientes que denominamos indígenas, no menos dificultad plantea definir lo fenicio a través de los objetos que consideramos característicos de ellos, lo que solemos hacer amparándonos en aspectos meramente formales de las piezas y marcamos la diferencia respecto de las demás agrupando las que a nuestro juicio son originales, al tiempo que constituimos otro conjunto con las que consideramos imitaciones.

La dificultad comienza a la hora de definir qué es una imitación, que de principio suponemos que debe ser aquello que se asemeja al modelo en que se inspira. Una respuesta ajustada a la realidad, sin duda, y al concepto académico que transmite la palabra, pero que desde el punto de vista arqueológico implica un considerable número de aspectos cualitativos que, generalmente, se resumen en el carácter peyorativo que se suele aplicar a lo que definimos como imitación, pues así solemos llamar a todo lo que pareciéndose al original suele ofrecer menor calidad formal y material. Una consideración a la que se suma la generalizada opinión de que la imitación es producto del trabajo del «indígena» y no del «colonizador», con lo que ello implica de carácter peyorativo.

Ante esta realidad hemos de preguntarnos quién es el indígena, para de inmediato responder que lo es el originario del sitio donde vive, es decir, el nacido en el lugar que habita ¿por qué entonces el carácter peyorativo? Desgraciadamente es una secuela de nuestra formación social y cultural, inmersa desde hace siglos en un concepto de cultura que trata a ésta no como un valor en sí misma y única de cada grupo social, sino que la considera una mercancía más y en consecuencia la cuantifica: somos más o menos cultos.

Assumiendo este discurso, defendemos que nuestra cultura está por encima de la de aquellos que «no han avanzado culturalmente», sin que caigamos en la cuenta de que valoramos la cultura de los demás a partir de nuestros propios parámetros culturales y sin que seamos capaces de hacerlo desde otro punto de vista.

Esta misma realidad, aunque con mayor número de contradicciones, es la que reflejan nuestros estudios sobre la antigüedad en general y la relación entre fenicios y tartesios en particular, pues el análisis suele resumirse en que aquéllos «aportaban» y éstos «soportaban». Sin embargo y según qué cuestiones o intereses propios de nuestra investigación, cambiamos el discurso y concebidos que lo indígena predomine sobre lo fenicio, cuando lo que hacemos realmente son juegos malabares ante las dificultades que encontramos, pues no siempre sabemos distinguir a unos de otros.

Aceptamos que quienes vivían en cabañas eran los tartesios y quienes más tarde lo hicieron en casas de mampuestos también lo eran, como lo fueron quienes recibieron siglos después a los griegos. Y esto no parece plantearnos ninguna dificultad, porque afirmamos que la sociedad indígena se orientalizó tras la llegada de los fenicios, aunque a éstos nos siga costando trabajo reconocerlos. Lo cierto es que si recurrimos al análisis de las pastas cerámicas de las piezas de tipología y supuesta filiación fenicia que hallamos en las excavaciones de Huelva, se acredita que fueron hechas con las arcillas que conforman los cabezos sobre los que se asienta la población. Ante esta evidencia, sólo es posible preguntarse quién las hizo: el fenicio o el tartesio.

Tan válido sería afirmar que el primero, afincado ya en el suroeste peninsular, como decir que el indígena que aprendió del fenicio, lo que nos mantiene en la duda de quién fue el ceramista. Si fue el indígena, éste ya vive en una casa de piedras y adobes o tapiales, lo que da lugar a que nos preguntemos si es el mismo que vivía en la cabaña, como si no pasara el tiempo. Todo ello nos lleva a afirmar que también es indígena el tartesio ahora imbuido de la cultura fenicia, pero que sigue enterrándose con una mayoría de objetos que son propios de la cultura de la que proviene, como se aprecia en la necrópolis de La Joya (Huelva), frente a los que son la evidencia de la cultura que llega desde el Mediterráneo con usos, formas y costumbres que en algunos casos sólo son apariencias, siendo prueba de ello no sólo las tumbas, sino la pervivencia de poblados del tipo de San Bartolomé de Almonte frente a ciudades amuralladas como Tejada la Vieja, o la convivencia en la propia Huelva de cabañas con una ciudad construida con piedra.

Hasta aquí hemos venido exponiendo consideraciones diversas respecto a la llegada de navegantes procedentes del Mediterráneo al Atlántico y cómo su presencia produjo una intensa transformación de las poblaciones autóctonas, lo que redundó en la modificación de las sociedades y culturas preexistentes. Pero como historiadores necesitamos marcos cronológicos que nos ayuden a situar la única certeza en la que, al parecer, estamos de acuer-

do: los fenicios llegaron al suroeste de la península Ibérica, problema distinto es saber cuándo lo hicieron y sobre todo ponernos de acuerdo sobre ese momento.

En la actualidad, como hipótesis de trabajo, parece bastante generalizado el consenso respecto a que ese hecho debió tener lugar en torno al año 800 a.C. Pero ésta no deja de ser una postura anclada en una tradición investigadora que por fortuna, aunque más lenta que rápida, parece que va desapareciendo.

En páginas precedentes hemos aludido al necesario tiempo de presencia anterior al hallazgo del primer elemento tangible que la confirma. La definición y acotamiento de ese tiempo es inexcusable y necesario. Pero aún más trascendente que la mayor o menor antigüedad de un hecho, de un acontecimiento o de una presencia, es la coherencia de los elementos tanto autóctonos como foráneos que lo configuran, al tiempo que lo evidencian y reflejan lo acontecido.

Por ello, sólo dejando al margen de la investigación protohistórica la realidad geopolítica actual, seremos capaces de entender el por qué y el cómo de la presencia de navegantes orientales en lugares muy distantes de los hasta no hace mucho tiempo eran considerados como auténticos finisterres; sin embargo, sigue faltando de conocimiento y acuerdo, el cuándo de la presencia.

Apuntábamos que el consenso nos hace aceptar el 800 a.C. como fecha cómoda para el progreso de la investigación, pero la lectura, en el más amplio sentido del término, que el filólogo hace de los grafitos hallados en la Torre de D.^a Blanca, nos dice que son anteriores, al menos en una treintena de años, a la cronología citada y a la que estratigráficamente se le atribuye al yacimiento. Si ello es así, y no tenemos razones objetivas ni argumentos para negarlo, estaremos aceptando una mayor antigüedad para la presencia fenicia de lo que hasta ahora éramos capaces de admitir; y el grafito, sin duda, es también un elemento tangible.

Si asumimos esta realidad, es decir, una cronología anterior a las hasta ahora propuestas y en coherencia con el discurso que proponemos, habremos de aceptar también que se nos aleje en el tiempo ese periodo de presencia previa que no deja huella; o la que sí lo hace la valoramos tan poco, o nos asusta tanto, que casi la ocultamos, como son las cerámicas micénicas halladas en Montoro o las de Purullena.

Ahí es donde radica el origen del problema cronológico: la duda, cuando no la negativa aceptación de fechas que vayan más allá del siglo octavo, ante los epígrafes y otras evidencias directas o indirectas que indican lo contrario. Quizás la cuestión estriba en que debamos cambiar la forma de mirar lo hallado, porque lo relevante no es sólo ver y aceptar el origen, la filiación y la supuesta cronología del objeto foráneo, sino que seamos capaces de saber individualizarlo del conjunto de los elementos autóctonos y comprobar si éstos son o no más antiguos que aquellos otros, también locales y que no han variado su tipología, y que seguirán apareciendo en la estratigrafía arqueológica junto con los llegados de fuera. Esa parece que es la clave, a nuestro entender, que puede permitirnos dilucidar no sólo la cronología de la llegada de los fenicios al sur de la Península Ibérica, sino la de toda su historia.

La investigación no puede fundamentarse en la fantasía, pero tampoco debe dejar al margen la imaginación, pues ésta es la que permite el avance del conocimiento que, además, ha de estar siempre sujeto a la continua y razonada puesta en cuestión de lo conocido en cada momento.

Por ello, el trabajo interdisciplinar entre los especialistas de distintas materias y ramas del conocimiento, se hace de todo punto necesario, de ahí que en las cuestiones que aquí tratamos si el arqueólogo se une, para hablar un lenguaje común, al filólogo, al químico, al zoólogo, al marino, al médico, al antropólogo o al geógrafo, cuando no al geólogo, será más fácil que nos percatemos de la realidad en la que se fundamentan los hechos históricos y más amplio el conocimiento que de ellos, y con ellos, pueda obtenerse en cada momento. Sólo así seremos capaces de advertir y definir el cuándo que venimos buscando como origen de la transformación de las sociedades del cuadrante suroccidental de la península Ibérica y del Marruecos atlántico.

Hoy seguimos intentado conocer la sociedad y la cultura tartesia, hurgando en la tierra que encubre la realidad del pasado, la que atesora la herencia mítica de Hércules robándole los bueyes a Gerión, la que recuerda que Habis les enseñó la agricultura, la que explotó las minas del suroeste atlántico hasta el que llegó el oriente mediterráneo.

Pero aún nos encontramos muy lejos de conocer la realidad del entendimiento entre las gentes del Mediterráneo y las del Atlántico, y va siendo hora de poner un punto y aparte, porque parece llegado el momento de hacer acopio de lo encontrado, recapitular lo dicho y meditar sobre ello.

Hemos de poner orden en los objetos y en las ideas y, sobre todo, perder el miedo a la realidad que hallamos y hacer el esfuerzo necesario para enfrentarnos a ella sin los prejuicios de nuestra propia cultura. Al fin y al cabo nuestra tarea ha de ser la de indagar en la imagen fotográfica en que perdura, inmóvil, un instante de vida que tuvo un antes y un después del disparo fotográfico.

Muchos son los que a lo largo del tiempo han intentado dar solución a los problemas que aún nos planteamos, quizás por ello debamos recordar el modo en que Schulten puso fin a la edición de 1945 de su libro *Tartessos*, lo que hizo evocando el poema con el que la profesora Isabel Henderson le auguró su descubrimiento:

*Mira, la hermosa Tartessos te ha dado su anillo,
mientras ella permanece invisible, oculta en la arena;
pero no lo hace por maldad; tan solo huye para que tú la busques;
tienes ya su anillo, pronto tendrás su tálamo.*

BIBLIOGRAFÍA

A quien haya leído el texto precedente, quizás pueda sorprenderle la ausencia de citas y notas, pero ha sido una decisión meditada. Teniendo en cuenta que este escrito es consecuencia de un Seminario, la idea y la intención era desarrollar un discurso en el que nada pudiera distraer la atención del lector, sabiendo que quienes acudan a él tienen el conocimiento suficiente de los conceptos y las ideas que en las páginas precedentes se recogen y desarrollan, así como saben de los yacimientos citados.

Para quienes aún sean legos en la materia o no hayan alcanzado aún la formación suficiente como para conocer todo aquello a lo que se alude, también parecía oportuno no distraerle con el continuo ir y venir a la bibliografía citada en el texto, ni con las acotaciones que en notas a pie de página pudieran hacerse.

Por todo ello, para unos y otros, se acompaña este escrito con la bibliografía que sigue, que no pretende ser exhaustiva pero sí suficiente para el contraste de opiniones entre los especialistas y punto de partida para quienes se inician en la aventura de la investigación.

ALONSO BARBA, A.

(1995): *Arte de los metales en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro, y plata por açogue. El modo de fundirlos todos, y como se han de refinar, y apartar unos de otros*, Lepe (Huelva) 1995 (edición facsímil de la de 1640).

ARFE, J. DE

(1985): *Quilatador de la plata, oro y piedras*, Valencia 1985 (edición facsímil de la de 1572).

ARRIBAS, J. G. – CALDERÓN, T. – RUFETE, P.

(1989): «Estudio mineralógico comparativo de restos arqueológicos indígenas e importados de Tejada la Vieja (Escacena) y Huelva». *Huelva Arqueológica* 9. Diputación de Huelva, pp. 243-258.

ARRUDA, A. M.

(2000): *Los fenicios en Portugal: fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.). Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 5-6 (vol. monográfico). Universidad Pompeu Fabra. Barcelona.

BARROS, L.

(1998): «Introdução a Pre e Proto-historia de Almada.» *Cadernos de Textos de Apoio* 1. Câmara Municipal de Almada, pp. 7-49.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.^a – LUZÓN, J. M.^a – RUIZ MATA, D.

(1971): «La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva». *Noticiario Arqueológico Hispano* XIII-XIV. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid, pp. 304-331.

BELEN, M. – ESCACENA, J. L. – LÓPEZ ROA, C. – RODERO, A.

(1996): «Fenicios en el Atlántico. Excavaciones españolas en Lixus: los conjuntos C. Montalbán y Cata Basílica». *Complutum* 6 (extra 1). Universidad Complutense. Madrid.

CARRIAZO, J. DE MATA

(1973): *Tartessos y el Carambolo*. Ed. Nacional. Madrid.

CUNCHILLOS, J. L. – ZAMORA, J. A.

(1997): *Gramática fenicia elemental*. Instituto de Filología (CSIC). Madrid.

CUNCHILLOS, J. L. – VITA, J. P.

(1998): *Introducción a la lectura crítica de documentos del II y I milenio*. Instituto de Filología (CSIC). Madrid.

DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, M.^a C. – CABRERA BONET, P. – FERNÁNDEZ JURADO, J. (1989) «Cerro de la cabeza (Santiponce, Sevilla)». *Noticiario Arqueológico Hispanico* 30. Ministerio de Cultura. Madrid, pp. 119-186.

ELAYI, J.

(1996): «Nouveaux elements sur le mur a piliers phenicien». *Transeuphratène* 11. Editorial Gabalda. Paris, pp. 77-94.

ESCACENA CARRASCO, J. L.

(2001): «Fenicios a las puertas de Tartessos». *Complutum* 12. Universidad Complutense. Madrid, pp. 73-96.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(1986): «Economía tartésica: minería y metalurgia». *Huelva en su Historia* 1. Universidad de Sevilla. [edición en inglés (2002): «The Tartessian Economy: Mining and Metallurgy». *The Phoenicians in Spain: An archaeological review of the eighth-sixth centuries b.c.e.: a collection of articles translated from Spanish*. Eisenbrauns Ed., Winona Lake].

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(1989): «La metalurgia de la plata en época tartésica». *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*. Ministerio de Cultura. Madrid.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(1989): «La orientalización de Huelva». *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, (M.^a E. Aubet, ed.). Barcelona, pp. 339-373.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(1989): «Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica». *Huelva Arqueológica* 9. Diputación de Huelva.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(1990): «La Huelva tartésica», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia* XXVII. Perugia, pp. 245-269.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(1991): «Tartessos y Huelva». *Huelva Arqueológica* 10-11. Diputación de Huelva.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(1993): «Plata y plomo en el comercio fenicio-tartésico», *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C.* (R. Arana, A.M.^a Muñoz, S. Ramallo y M.^a M. Ros, eds.). Universidad de Murcia, pp. 131-166.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(1995): «Tartessos y la metalurgia de la plata. El foco de Huelva». *Minería y metalurgia en la España Prerromana y romana*. Actas de los Seminarios *Fons Mellaria* 1992. Universidad y Diputación de Córdoba, pp. 53-77.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(2000): «Cómo, cuando y para qué vinieron los fenicios a Tartessos». *Historiar* 5. Ed. L'Avenc. Barcelona, pp. 46-60.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(2003): «Del oriente mediterráneo al oriente atlántico». *De la tablilla a la inteligencia artificial. Homenaje al Profesor Jesús-Luis Cunchillos*. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo (IEIOP). Zaragoza, pp. 823-844.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(2005): «Y por fin llegaron los fenicios... a Huelva». *El periodo orientalizante*. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo occidental (S. Celestino Pérez – J. Jiménez Ávila, eds.). Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV. CSIC-Instituto de Arqueología de Mérida, pp. 731-748.

FERNÁNDEZ JURADO, J.

(2005): *Tartessos en el tiempo*. Fundación Cultural Caja Rural del Sur. *La Espiga Dorada*, serie *Historia* 1. Huelva.

FERNÁNDEZ JURADO, J. – GARCÍA SANZ, C.

(2001): «Arquitectura orientalizante en Huelva». *Lenguas y Culturas del Antiguo Oriente Próximo. Oriente en Occidente. Arquitectura Orientalizante en la Península Ibérica*. Instituto de Filología (CSIC). Madrid, pp. 159-171.

FERNÁNDEZ JURADO, J. – GARCÍA SANZ, C. – RUFETE TOMICO, P.

(1992): «Prospección con sondeo en Peñalosa (Escacena, Huelva)», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla, pp. 185-190.

FERNÁNDEZ JURADO, J. – GARCÍA SANZ, C. – RUFETE TOMICO, P.

(1997): *De Tartessos a Onuba, 15 años de Arqueología en Huelva*. Diputación de Huelva.

FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.

(1988): «La navegación fenicia hacia el lejano occidente y el estrecho de Gibraltar». Actas del Congreso Internacional *El Estrecho de Gibraltar*. UNED-Ministerio de Educación. Madrid, pp. 459-472.

GARCÍA SANZ, C.

(1989): «Excavación de la muralla de Tejada». *Huelva Arqueológica* 9. Diputación de Huelva, pp. 93-103.

GARCÍA SANZ, C.

(1991): «El urbanismo protohistórico de Huelva». *Huelva Arqueológica* 10-11 (vol. 3). Diputación de Huelva, pp. 143-176.

GARCÍA SANZ, C.

(2003): «¿Unas ruinas merecen tantos escritos?». *Huelva Arqueológica* 18. Diputación de Huelva, pp. 5-31.

- GARCÍA SANZ, C. – FERNÁNDEZ JURADO, J.
(2000): «Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva). Un poblado de cabañas del Bronce Final». *Huelva Arqueológica* 16. Diputación de Huelva, pp. 5-87.
- GARCÍA SANZ, C. – RUFETE TOMICO, P.
(1995): *La ciudad de Tejada la Vieja*. Diputación de Huelva.
- GARCÍA SANZ, C. – RUFETE TOMICO, P.
(1999): «Excavación en el cabezo de San Sebastián (Huelva)». *Anuario Arqueológico de Andalucía/1996 vol. II*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla.
- GARCÍA VARGAS, E.
(2001): «Pesca, sal y salazones en las ciudades fenicio-púnicas del sur de Iberia», *Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa y Formentera* 47, pp. 9-66.
- LAMELA, M. – MARTÍNEZ, J. – ALONSO, A.
(1987): «Análisis metalúrgicos», *Huelva Arqueológica* 8, pp. 263-274.
- LAMELA, M. – MARTÍNEZ, J.
(1989): «Aporte químico al estudio de Tejada», *Huelva Arqueológica* 9, pp. 235-242.
- MALUQUER DE MOTES, J.
(1994): «Excavaciones de "El Carambolo", Sevilla. Notas y experiencias personales», *Clásicos de la Arqueología de Huelva* 5, Huelva 1994.
- MANGAS, J. – MYRO, M.^a M. (EDS.)
(2003): *Medio físico y recursos naturales de la Península Ibérica en la Antigüedad*. Madrid.
- LOPEZ PARDO, F.
(1996): «Informe preliminar sobre el estudio del material cerámico de la factoría fenicia de Essaouira (antigua Mogador)». *Complutum* 6 (extra 1). Universidad Complutense. Madrid.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C.
(1987): «El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)». *Excavaciones Arqueológicas en España* 151. Ministerio de Cultura. Madrid.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. – PAREJA LÓPEZ, E.
(1975): «Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971». *Excavaciones Arqueológicas en España* 86. Ministerio de Educación. Madrid.
- OSUNA, J.
(1988): «Lixus, ¿el Gadir magrebí en el "círculo del estrecho"?». Actas del Congreso Internacional *El Estrecho de Gibraltar*. UNED-Ministerio de Educación. Madrid, pp. 563-576.
- PELLICER CATALÁN, M.
(2000): «El proceso orientalizante en el occidente ibérico». *Huelva Arqueológica* 16. Diputación de Huelva, pp. 89-134.
- PEREIRA MAIA, M. G. – FRAGA DA SILVA, L.
(2004): «O culto de Baal en Tavira». Actas del III Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo (Huelva, 2003)(J. Fernández Jurado – C. García Sanz – P. Rufete Tomico, coords.). *Huelva Arqueológica* 20. Diputación de Huelva, pp. 171-194.
- ROVIRA, S. – CONSUEGRA, S. – MONTERO, I.
(1989): «Estudio arqueometalúrgico de materiales de Tejada la Vieja», *Huelva Arqueológica* IX, pp. 221-234.
- RUFETE TOMICO, P.
(1989): «La cerámica con engobe rojo en Tejada». *Huelva Arqueológica* 9 (vol. 2). Diputación de Huelva, pp. 1399-150.
- RUFETE TOMICO, P.
(1990): «Die Phönizische rote ware aus Huelva». *Madriider Mitteilungen* 30, pp. 118-134.
- Rufete Tomico, P. (1990): «Las cerámicas con engobe rojo de Huelva». *Huelva Arqueológica* 10-11 (vol. 3). Diputación de Huelva, pp. 9-40.
- RUFETE TOMICO, P. – GARCÍA SANZ, C.
(1995): *Huelva en época tartésica*. Diputación de Huelva.
- RUIZ MATA, D. – PÉREZ, C. J.
(1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. Biblioteca de Temas Portuenses 5. Ayuntamiento del Puerto de Santa María.
- RUIZ MATA, D. – BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.^a – MARTÍN DE LA CRUZ, J. C.
(1981): «Excavaciones en el cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978». *Huelva Arqueológica* 5. Diputación de Huelva, pp. 149-316.

- RUÍZ MATA, D. – FERNÁNDEZ JURADO, J.
 (1988): «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)», *Huelva Arqueológica* 8. Diputación de Huelva.
- SCHULTEN, A.
 (1945): *Tartessos*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid.
- VITA, J. P.
 (2000): «Los antecedentes de la marina fenicia: barcos en Ugarit», *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, vol. 1, pp. 281-288.
- ZAMORA, J. A.
 (2000): *La vid y el vino en Ugarit*. Banco de Datos Filológicos Semíticos Noroccidentales. Monografías 6. CSIC. Madrid.
- VV. AA.
 (1992): *Lixus*. Actes du Colloque (Larache, 1989). *Collection de L'École Française de Rome* 166. Roma
- VV. AA.
 (1993): *Os fenícios no território português*. *Estudos Orientais* IV. Universidad de Lisboa.
- VV. AA.
 (1995): *Tartessos 25 años después, 1968-1993*. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- VV. AA.
 (1996): *De Ulisses a Viriato: o primeiro milénio a.C.* Museo Nacional de Arqueología. Lisboa.
- VV. AA.
 (2000): *Argantonio, rey de Tartessos*. (C. Aranegui Gascó, ed.) Fundación El Monte. Sevilla.
- VV. AA.
 (2001): *Lenguas y Culturas del Antiguo Oriente Próximo. Oriente en Occidente. Arquitectura Orientalizante en la Península Ibérica*. (S. Celestino Pérez – D. Ruiz Mata, eds.) Instituto de Filología (CSIC). Madrid.
- VV. AA.
 (2004): *Actas del III Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo* (Huelva, 2003) (J. Fernández Jurado – C. García Sanz – P. Rufete Tomico, coords.) *Huelva Arqueológica* 19-20. Diputación de Huelva.
- VV. AA.
 (2005): *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo occidental* (S. Celestino Pérez – J. Jiménez Ávila, eds.). Anejos de *Archivo Español de Arqueología* XXXV. CSIC-Instituto de Arqueología de Mérida.